

DISCURSO

EL LENGUAJE INCLUSIVO

1. Antes de nada quisiera agradecerles su asistencia a esta conferencia. Yo espero que salgan de ella con alguna idea nueva, un mayor conocimiento sobre el tema de aquel con el que ustedes entraron, tal vez con cierto escepticismo, para escuchar mis palabras. Vamos a hablar de un asunto muy actual, una cuestión que suscita polémicas acaloradas. Hablo del lenguaje inclusivo. El feminismo radical, y a través de ese portillo, el movimiento homosexual, pretende asaltar lo que supone ser el último bastión del patriarcado: el lenguaje. Ahora bien, ¿es ello posible? Y si es posible ¿hasta qué punto lo es?

2. Conviene aclarar de entrada que el género gramatical no se identifica con el género sexual. El género gramatical, de origen indoeuropeo, es una categoría del lenguaje, no una consecuencia de la biología. Si se suprime el género de las cosas deberíamos eliminar los artículos, los demostrativos, las concordancias de adjetivos, los posesivos. O sea, retirando una piedra se derrumba una buena parte de “la” (entrecomillas) casa. Pero además el género gramatical es arbitrario. En la lengua alemana se dice “el luna”, “la sol”. Esa distinción del género tiene aquí algunas consecuencias que nos diferencian de la mitología germánica. Apolo, dios del sol para los griegos, posee cualidades masculinas mientras que la luna es una deidad femenina, la reina del cielo, y que muchas veces, debido al ciclo lunar, se identifica con la menstruación de la mujer. Ahora bien, siendo arbitraria como hemos dicho la categoría del género gramatical, el sentido dado a las cosas – y a la personificación de ellas – varía de una cultura a otra.

3. Pero vayamos ahora a la médula del asunto. Las feministas no cuestionan que “libro” sea masculino y “casa” sea femenino. Su causa no son las cosas. La punta de lanza del combate verbal es lograr ser incluidas, “estar presentes” en el discurso y también en la morfología, en aquellos trabajos realizados antaño exclusivamente

por el hombre. Ésta es la posición que adoptan los llamados “progresistas”. Los “conservadores” son, por el contrario, como en cualquier otro asunto, defensores de la tradición y reacios a cualquier innovación en el lenguaje.

Pues bien, si la izquierda radical, a fuer de rechazar el pasado, desconoce la historia, la derecha carpetovetónica, si la conoce, la olvida. Las feministas creen ser modernas - “ya no estamos en la edad media”, dicen -cuando nos martillean constantemente los oídos con el sonsonete de “trabajadores y trabajadoras”, etc. Bastaría leer, para desengañarse, ese libro tan “vetusto” y propio de “beatos” como es la Biblia: “vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán”, “sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré de mi espíritu” (primer sermón de Pedro); “mi señor (...) empieza a golpear a los criados y a las criadas” (Lucas, 12:45). ¿Y qué dirán los progresistas y, por descontado, las progresistas, leyendo el decreto de expulsión de los judíos en el siglo XV? Y ello en una época no tan oscurantista como se supone. Veamos lo que dice:

“Nosotros ordenamos que los judíos y las judías (...) partan con sus hijos e hijas, criados e criadas”.

“Nada nuevo bajo el sol”, como dice el Eclesiastés. Sin embargo, ese desdoblamiento gramatical en ambos sexos no hace como hoy del lenguaje un instrumento intencionado y sistemático de lucha ideológica. No es cuestión de acabar con los bastiones verbales del anacrónico “patriarcado”. Sencillamente se debe a la precisión propia de un documento jurídico, sin ninguna pretensión igualitaria. Otras veces el lenguaje inclusivo tiene solamente una finalidad expresiva. Así cuando en el poema del Cid se dice: “exienlo ver mugieres e varones/burgeses e burgesas por la finiestras son”.

4. Vayamos ahora al presente. Hace poco se suprimió decir “El Congreso de los diputados”. Ningún destrozo causa al idioma que el Congreso se llame solamente “Congreso”. Ahora bien, la susceptibilidad picajosa del feminismo verbal debería ser menos susceptible. Solamente con recordar que los asistentes a un Congreso de ornitología se llaman “congresistas”, aunque sean catedráticos de pelo rizado en pecho y con toda la barba. Y si “señorita” es femenino de “señorito”, las “señorías”, con togas o sin ellas, no es el femenino de los “señoríos”. Es un fetichismo considerar el morfema /a/ como señal exclusiva y distintiva del género femenino. Así tenemos, por ejemplo: violinista, electricista, tenista, artista, cineasta, pianista,

policía, poeta, novelista, ajedrecista, futbolista, anestesista, etc. Aquí el género no viene señalado con el morfema común /a/ sino con el artículo precedente, según sea “el” para un hombre y “la” para una mujer. O sea, “el novelista” y “la novelista”. Ciertamente la /a/ del artículo señala aquí el género femenino, y lo refuerza, pero esa misma /a/ no indica un género femenino en “el novelista” como vimos antes con el “congresista”. Y también podríamos señalar casos, aunque más raros, como “la canguro”, “la soprano”, “la modelo”, “la sabelotodo”, “la topo”, “la soldado”, “la jurado”, “la capo”, “la narco” o calificativos como “la moños”, “la terremoto”, “la ogro”. También tenemos el artículo femenino con sufijos masculinos como “e” en monje o príncipe. Así “la interprete” o “la teniente”.

Y bien, ¿qué pretendemos decir con esto? Pues sencillamente que una lengua no es una ciudad nueva con cuadrículas trazadas sobre un plano en blanco. Como los cascos viejos de las urbes antiguas, tiene callejuelas angostas y retorcidas que exasperan a los urbanistas modernos. Una lengua natural no es un lenguaje artificial construido con rigor y sin ambigüedad para una máquina. No le pidamos una lógica. Los niños, apoyados en la analogía, dicen “morido”, una forma que nunca han escuchado. Pero los mayores sabemos que se dice “muerto” porque arrastramos el legado de un pasado milenario. Los conservadores defienden este legado a través de la etimología, la escuela, los escritores académicos. Por otro lado, tenemos a quienes piensan que el pueblo es el dueño de la lengua y debemos hablar como “el hombre de la calle”. ¿Quién tiene razón en esta pugna? O, mejor dicho, ¿quién debe vencer en esta lucha entre dos tendencias contradictorias? Las espadas están, y siempre han estado, en alto. Y nunca ha habido un vencedor. Los franceses cultos lograron frenar el “super” como sustitución del superlativo. Vuelve a decirse “très”, “trés froid”, “très chaud”, etc. Hoy nuestros jóvenes dicen cosas como “superdivertido” en lugar de “muy divertido”. La tendencia contraria a la “cultura” la encontramos en un autor, por otra parte, paradójicamente, no “superculto” sino “muy culto” o “cultísimo”. San Agustín afirma que prefiere ser reprendido por los gramáticos antes que el pueblo no entienda sus palabras. Y nuestro Gonzalo de Berceo escribe que habla en “roman paladino, la lengua con la que el pueblo se entiende con su vecino”. Claro está, también se precisa un dique de cultura para que no se desborde impetuosa la lengua popular como podría suceder con la debilidad sonora de la “d” en los participios como “jugao”, “cantao”, etc. y cuyas consecuencias serían perturbadoras para el idioma. Siempre debemos recordar la máxima griega: “de

nada en exceso”. Aunque, ciertamente, el exceso de moderación no deja de ser también un exceso.

Y aquí se me permitirá contar una anécdota personal como advertencia a los puristas del idioma. Al preguntarle a mi pequeña sobrina, con lengua de trapo, en dónde estaba, ella respondía: “Aquí con mí”. Claro está, nosotros le corregíamos diciendo que se decía “conmigo”. Pues bien, ella tenía razón y nosotros estábamos equivocados. En latín “mecum” es “conmigo” y la evolución al romance nos da “mego”. Como ya se había perdido el sentido de “cum” al convertirse en “go”, entonces se volvió a repetir la conjunción sin darse cuenta de ello. O sea, decimos “con-mi-con” para decir “conmigo”. Anteriormente hemos visto que el niño decía “morido” y ahora “con mí”. En un caso se vale, de una manera inconsciente, de la analogía, en otro, también de un modo inconsciente, de la fidelidad a la lengua, pues “go” es un apéndice sin sentido añadido a “mi”.

Todo esto nos demuestra que el error de hoy puede, una vez arraigado, convertirse en la verdad de mañana. Ninguna sorpresa nos debe causar que haya actualmente “juezas”, pues siempre han existido “aprendizas”. Tampoco somos ya rehenes del participio presente latino para rechazar “presidenta” (nunca se ha hecho con “infanta”), pero sería excesivo extenderlo a “cantanta”, “dibujanta” y “oyenta”. A decir verdad, el “presidente”, de “prae” y “sedere”, es solamente el que se sienta delante. De facto, y sólo de facto, un hombre. Ya no llamamos “alcaldesa” a la mujer del alcalde sino a la mujer que gobierna el municipio. Como vemos, el lenguaje evoluciona con el tiempo. Ahora bien, el lenguaje es como un elefante que no puede saltar como una gacela aunque le pique una avispa. La lengua cambia con la sociedad, no con los decretos del gobierno. A tientas, no a tontas.

5. Y bien, ¿es razonable la extensión absoluta del femenino en cualquier caso? Pocas, o ninguna, dificultad presenta el femenino en oficios hasta ahora desempeñados por el hombre. Hoy existen “médicas, ingenieras, juezas, etc”. Y el tiempo y el uso nos ablanda el oído para escuchar “concejala”. Cuando haya más mujeres en el cuerpo diplomático surgirá – no lo digo como reproche – las “cónsulas”. Tengamos en cuenta que ese femenino nos viene preparado ya por casos como “español” y “española” que ablandan el oído al neologismo. Señalemos aquí, como un inciso erudito innecesario a la cuestión tratada, que *ol* de español lo considera Américo Castro como un sufijo nada español. Debería decirse “españón” igual que decimos “bretón” o “sajón”. Y de aquí concluye el filólogo (más que

historiador) que “español” es palabra extranjera, nuestro nombre, pues, “nos ha sido dado” desde fuera.

Pido disculpas por este inciso inútil, pero, creo, interesante. Decíamos antes que el femenino comienza a utilizarse en oficios tradicionalmente masculinos. La sociedad cambia, cierto, pero la sociedad es el mar de fondo y la política es únicamente el oleaje en la sobrefaz. Y son las olas políticas las que golpean las rocas. Las feministas, de una manera pueril, más que lingüística, nos hablan de “portavozas”. Nada habría que rechazar si no fuese porque en el nombre se inyecta solamente una carga ideológica. Así como “jueza” se impone por la naturaleza de las cosas, “portavoza” es un nombre artificial que nace solamente como reivindicación del feminismo verbal. En cualquier caso, más sorprendente es el uso de “vocero” y “vocera” en los “parlamentos” (o, mejor, “hablamentos”) de Hispanoamérica. Valle Inclán nos recordaba que los españoles no somos los dueños de nuestra lengua.

6. Pues bien, el problema no es que se diga “jueza” o “ingeniera” sino la repetición de unos dobles que van en contra de la economía del lenguaje. Si la tendencia la reducimos al absurdo nos encontraríamos con pasajes como el siguiente:

“Todos nosotros y todas nosotras estamos aquí reunidos y reunidas para que entre todos y entre todas ...”

No se sostiene, no puede sostenerse. El sentido común nos dice que si en una reunión hay más mujeres se use el femenino. O viceversa. En caso de igualdad, libertad. Cada cual escoja lo suyo. Y si sale cara san Antón y si no la Inmaculada Concepción.

Una consecuencia más del lenguaje inclusivo es que crea neologismos que no son inclusivos sino exclusivos. Así tenemos palabras como “feminicidio” para designar el asesinato de una mujer por su pareja sentimental. Ahora bien, el caso inverso, más allá de estadísticas y centrándonos solamente en el lenguaje, ¿debería llamarse “androcidio”? Y si las dos mujeres son lesbianas ¿qué palabra adoptar? ¿A quién se le carga el muerto? ¿Y si es un gay quien asesina a su pareja? La palabra “homicidio” engloba cualquier muerte causada por una persona. En latín “vir” designa al “varón” (de ahí “virilidad”) mientras que “homo” es la especie, el hombre y la mujer juntos, la “humanidad”. ¿O frente a la humanidad existe una “feminidad”.

Ciertamente de “hominem” deriva “hombre” y de “feminam” viene “hembra”. Ahora bien, de “homo” procede el género “humano” y las torturas “inhumanas”. Cuando un astronauta dice al pisar la luna: “es un pequeño paso para el hombre y un gran paso para la humanidad” no se está hablando de órganos genitales. No siempre se pueden dividir los nombres como Salomón pretendía hacer con un niño. Pero el sabio rey judío quería reducir al absurdo la propuesta y no es difícil reducir también al absurdo las pretensiones del feminismo radical llevado hasta sus extremos. La cuestión se complica si, apoyándose en el respeto a cualquier minoría, no sólo sexual sino también étnica, hubiesen palabras como “islamicidio”, “negricidio”, etc, Ya se oye decir “arboricidio”, aunque el recurso puede utilizarse ceñido a una intención literaria. Así, por ejemplo, un peluquero cometería “cabellicidios”.

7. Hemos tratado hasta ahora el lenguaje inclusivo limitado solamente a la oposición entre hombres y mujeres. Pero, a través de las diversas orientaciones sexuales, también se pretende modificar ese dualismo tradicional. ¿Cómo reflejar en morfemas particulares a los gays, lesbianas, transexuales y no binarios? ¿Se deben reunirlos en un cajón de sastre o bien mantener las diferencia entre ellos? En el lenguaje escrito el signo de la @ representa cualquier forma de sexualidad, pero ese carácter visual es imposible en el lenguaje oral. En aquello de “todos, todas y todes”, ese “todes” ¿debe dividirse en todis y todus, y aún nos faltarían vocales para no discriminar ninguna tendencia sexual? No se pretende aquí hacer ninguna burla en absoluto. Las mujeres y los homosexuales no pueden tener ninguna discriminación legal en sus derechos. Sin embargo, lo que pretendo señalar es que entrar en un lenguaje natural, con un pasado milenario, no es solamente meterse en un berenjenal sino en un campo sembrado de minas donde hay que pisar con sumo cuidado a cada paso.

En el lenguaje el léxico es únicamente la sobrefaz, la piel del idioma. Tan sólo se pueden realizar pequeños rasguños que cicatrizan rápido sin apenas dejar ninguna huella en el cuerpo. Así muchos barbarismos, adaptados a nuestra fonética, han penetrado en nuestro idioma sin reconocer el origen extranjero. La lista sería larga para enumerar. De la misma manera palabras como “jueza”, “médica”, “concejala” se instalan sin provocar grandes alteraciones. Ahora bien, la morfología no es el léxico, no es la piel, sino los músculos y los nervios. Tocar los morfemas es como entrar en la sala de máquinas de una nave y comenzar a desenchufar cables. En suma, el lenguaje inclusivo pincha aquí hueso en esta caso. Si decimos “señoras,

señores” y ... ¿qué viene después? El lenguaje evoluciona, pero no permite revoluciones.

Pablo Galindo Arlés
22 de octubre de 2025